

El beato Enrique Susón OP "Gran místico dominico"

Celebraciones Vivas de los Santos y Santas dominicos n.61, 2006

I. VIDA DE ENRIQUE SUSÓN (ca. 1295-1366)

Nos encontramos en una época marcada por las guerras, las inundaciones, la peste y el hambre... Es tiempo de crisis de las instituciones y de nuevas búsquedas que dan valor al individuo. En este contexto, el beato Enrique Susón participa de la sed de sentido y de la gran nostalgia de Dios de sus contemporáneos. Tenemos la suerte de conocer mejor su vida que la de otros místicos renanos, como el Maestro Eckhart o Tauler, gracias a que ha llegado a nosotros un libro sobre su vida, la *Vita*. Según el prólogo de la obra, la dominica Elsbet Stagel, amiga y discípula de Susón, escribió a escondidas las confidencias que éste le hacía y redactó un libro que pudiera servir de aliento y de modelo para otras personas. Cuando Enrique se enteró, se enfadó mucho y le pidió que lo destruyera. Sin embargo, terminó por aceptar releerlo e incluso añadir algunos capítulos, seguramente los ocho últimos, que constituyen un tratado de vida espiritual. Por tanto, a pesar de algunos elementos hagiográficos o legendarios añadidos posteriormente, la *Vita* es en cierta medida un relato autobiográfico con intención didáctica y nos ofrece una información valiosa acerca de los acontecimientos que rodearon a nuestro personaje.

Conversión

Un 21 de marzo, día de San Benito, vino al mundo Enrique de Berg, en una región del Sur de Alemania llamada Suabia. El año de su nacimiento se sitúa entre 1295 y 1297 y se cree que era natural de Constanza, ciudad situada al borde de un gran lago, o quizá de la vecina Unterlinden. Su infancia transcurre en una familia acomodada, de la alta burguesía o de la nobleza. Su madre, como la de San Francisco, era una mujer de fe profunda y gran sensibilidad y sufría enormemente por las diferencias que tenía con su marido, de vida mundana y alejada de Dios. Enrique apreciaba tanto a su madre que tomó su apellido, Súsé o Seuse, en latín Suso, traducido al castellano como Susón.

A los 13 años entró en la orden dominicana, en el convento de Constanza, de la provincia de Teutonia, que se extendía entonces por las regiones de Austria, Baviera, Suabia, Franconia, Colonia y Brabante. Allí inició su formación, que constó seguramente de un año de noviciado, dos o tres años dedicados al latín y a la espiritualidad dominicana (Sagrada Escritura, oficio, regla y costumbres de la Orden, literatura y práctica ascética). Después los estudios filosóficos: dos o tres años de filosofía racional (la lógica aristotélica) y dos o tres años más de filosofía real (física, geometría, astronomía y metafísica). A continuación había otros dos o tres años de estudio de teología (Biblia y Sentencias de Pedro Lombardo), que se realizaban en un Estudio Particular de la Orden. Probablemente nuestro dominico permaneció en el Estudio de Constanza o quizá fue trasladado al de Estrasburgo.

Después de vivir cinco años en el convento sin mucho fervor, Enrique experimenta cierta insatisfacción con su vida, un vacío interior y una inquietud que anticipan una experiencia intensa y gozosa de Dios, una experiencia mística, que le conducirá a una conversión profunda. Descubre que sólo el amor de Dios le llena por completo y sacia su corazón ardiente. Por ello, quiere permanecer siempre unido al Señor, hasta el punto de que en un arrebato apasionado se graba en el pecho el nombre de Jesús, diciendo:

«Señor, único amor de mi corazón, mira el enorme deseo de mi alma. No puedo imprimirte en mí más a fondo. Así pues, Tú, Señor, acaba – te lo ruego – lo que falta y grábate más profundamente en el fondo de mi corazón, esculpe y sella en mí tu santo nombre de manera que nunca pueda ser borrado ni apartado de mi corazón». (*Vita* c.4).

Este anhelo de tener siempre presente al Señor, de vivir unido a Dios, va a ser una constante en la vida de Susón. Para expresar su ardiente deseo recurre con frecuencia al lenguaje de los amantes, a imágenes del amor cortés de su tiempo, en el que el caballero enamorado haría cualquier cosa por servir a su dama y conquistar su amor. La “dama” de Susón es la Sabiduría eterna, que personifica a Jesucristo y atrae y abraza con amor los corazones de sus fieles. Así por ejemplo, nuestro autor exclama en el capítulo 4 de la *Vita*: “Estoy totalmente decidido a tomar como esposa a la Sabiduría y entregarme por completo a su amor y servicio.” A raíz de esta experiencia de encuentro y seducción por la Sabiduría, Enrique Susón intenta “hacerse semejante y amable a su amor”. Para lograrlo contempla la vida de Jesucristo; le conmueve especialmente su gesto de entrega por nosotros hasta la muerte. Siente una gran devoción por la cruz de Cristo, pues en ella descubrimos el inmenso amor de Dios por cada uno de nosotros.

En un primer momento, decide mostrar este amor al Señor a través de una gran austeridad y mortificación, a imagen de los padres del desierto, cuyas vidas se leían durante las comidas. Al igual que sus contemporáneos, considera que el sufrimiento acompaña al amor y “no hay amante que no sea mártir.” Sin embargo, años más tarde, en una experiencia mística, la Sabiduría le revelará que los ejercicios ascéticos pueden ser un buen comienzo pero no son un fin en sí mismos. No se trata de imitar los sufrimientos de Cristo, de “cargar con la cruz de Cristo”, sino de “cargar con la propia cruz”: afrontar las situaciones adversas que se presentan en la vida, tanto interiores como exteriores, con la confianza de que Dios camina a nuestro lado. La Sabiduría le invitará entonces a iniciarse en la ciencia del “abandono total y perfecto, de modo que esté tan despojado de sí mismo que no le importe cómo Dios se le manifiesta, por sí mismo o por sus criaturas, en la alegría o en el sufrimiento.” Y es que nuestro dominico va a pasar por situaciones muy duras causadas por las críticas de sus compañeros, incomprensiones y calumnias, además de momentos de angustia y de gran desolación interior.

Estudio en Colonia

Susón debió ser buen estudiante ya que fue enviado al Estudio General de Colonia, en torno a 1324. Fundado por San Alberto Magno, Colonia era un centro de estudio y de investigación para aquellos dominicos que se iban a dedicar a la enseñanza o a la formación de los estudiantes. En ese momento el regente de estudios era el Maestro Eckhart, hombre profundamente sabio y querido en la Orden. Provincial en dos

ocasiones, Maestro en Teología por la universidad de París, Eckhart era un activo promotor de la reforma de la vida religiosa dominicana, que ya presentaba algunos signos de relajación. El Maestro Eckhart recibía entonces el apelativo de Maestro de vida (*Lesemeister*), pues no sólo sus palabras sino su vida entera suponía un gran testimonio de fe. Las obras de Susón denotan también su gran aprecio por el Maestro y la gran influencia de la enseñanza eckhartiana.

Además de las tareas de gobierno y de enseñanza universitaria, Eckhart había mantenido una gran actividad como predicador, especialmente en los ámbitos femeninos, en los numerosos monasterios y grupos de beguinas que florecían en Alemania. Se había propuesto divulgar en la lengua del pueblo, el medio altoalemán, las reflexiones que se hacían en la Universidad de París o en Colonia, de modo que todos pudieran llegar a vivir una vida espiritual intensa.

Sin embargo, sus sermones eran difíciles y paradójicos y podían prestarse a malentendidos o deformaciones. Es más, los seguidores del Libre Espíritu pretendían apoyarse en la autoridad del Maestro Eckhart para alejarse de la enseñanza de la Iglesia, afirmando que, una vez alcanzada la unión con Dios, la persona no puede pecar más, está liberada y ya no tiene necesidad de ejercitar las virtudes ni de celebrar los sacramentos. En 1326, dos dominicos que no aceptaban la reforma de vida propugnada por el Maestro Eckhart, le acusan de formar parte de esta herejía. En el proceso de investigación contra él se ponen de manifiesto las envidias y rivalidades entre el clero diocesano y las órdenes mendicantes. La mayoría de los dominicos alemanes da su apoyo a Eckhart. Sin embargo, en 1329, probablemente tras el fallecimiento de Eckhart, la bula del Papa Juan XXII *In agro dominico* condenó 17 tesis eckhartianas y señaló otras 11 como equívocas, indicando también que el dominico se sometió a la decisión de la sede apostólica. A raíz de estos acontecimientos, los que habían defendido y apoyado al Maestro Eckhart fueron destituidos de sus cargos e incluso cayeron bajo la sospecha de herejía.

Seguramente estos acontecimientos marcaron profundamente a Enrique Susón, que hacia 1326 deja el Estudio General de Colonia y vuelve al convento de Constanza. En su obra latina, el *Horologium Sapientiae*, aparece una alusión velada a este momento:

“Desde mi infancia, con gran esfuerzo había plantado un bosque [el aprendizaje] con una cátedra de honor de la que esperaba gloria y alabanza. Llegado el momento de recoger el fruto de mi trabajo, la cátedra fue derribada y el bosque pasó a ser de otro.” (*Horologium* libro I, c. 13)

Pastoral en Constanza y en Ulm

Así pues, Susón vuelve al convento de Constanza, donde permanecerá 20 años. Es probable que en un primer momento recibiera el encargo de ser lector del convento, es decir, de animar la vida intelectual y apoyar la formación de los más jóvenes. Pero a causa de su *Librito de la Verdad*, escrito entre 1326 y 1330 en defensa del Maestro Eckhart, donde expone y clarifica la posición eckhartiana a la luz de la Escritura y de la tradición, va a ser destituido del mismo. En un Capítulo de la Orden, recibe la acusación de “escribir libros con una falsa doctrina que contaminan todo el país con la mancha de la herejía.” A pesar de que al final no fue condenado, este incidente causó a nuestro místico un profundo sufrimiento interior, que describe con las siguientes palabras:

“Me sucedió una vez que tuve que sufrir mucho desprecio, no por mi causa, sino por otros. Sentado en mi celda, vi un perro que corría en medio del claustro y jugaba con un trapo; lo tiraba hacia arriba y luego lo pisoteaba. Entonces suspiré profundamente y dije: ‘De verdad, Señor del cielo, estoy en la boca de mis hermanos como este trapo’. Pensé entonces: ‘Constátalo, pues, el trapo deja al perro hacer lo que desea con él, lo lance hacia arriba o lo pisotee. Así debes hacer tú.’ [...] Cogí el trapo y lo llevé a mi capillita al lado de mi silla [...] donde lo miro frecuentemente.” (*Gran libro de las cartas XII*)

La humillación pública no debió prolongarse mucho, pues posteriormente Susón fue elegido prior de su convento. Pero es probable que este suceso le influyera para reorientar su actividad hacia un trabajo pastoral intenso, especialmente en el acompañamiento a los numerosos monasterios y comunidades de beguinas que en la época contaban con una extraordinaria vitalidad.

A principios del s. XIV, el número de monasterios de dominicas en la provincia de Teutonia ascendía a 64, mientras que en otras provincias no llegaba a la docena. Los monasterios alemanes de esta época presentaban además una gran riqueza espiritual e intelectual que aparece reflejada en los libros escritos por las monjas, como las crónicas de los monasterios, las *Vitae Sororum* o las obras de místicas como la beata Margarita Ebner, Cristina Ebner o Adelaida Langmann. En estos años de pastoral en Constanza y sus alrededores, Enrique visitó con frecuencia numerosos monasterios que figuraban bajo la dirección de los Predicadores de Constanza. Entra en contacto con la que será su gran amiga y discípula, Elsbet (o Isabel) Stagel, del monasterio de Toss, cerca de Winterthur, al otro lado del lago Constanza, en la Suiza actual. Elsbet era una monja inquieta, que había conocido la enseñanza del Maestro Eckhart y deseaba crecer interiormente. Además de ser la primera autora de la *Vita* de Susón, Elsbet escribió un libro recogiendo las vidas de las hermanas de su monasterio.

Asimismo, nuestro fraile no escondió su simpatía por los grupos de beguinas, que eran muy numerosos en la región; la ciudad de Colonia contaba con 169 comunidades y Estrasburgo con 85. Se trata de mujeres que buscaban vivir el ideal evangélico a través de una pobreza radical y una vida espiritual intensa. Residían en pequeñas comunidades organizadas y solían acoger y cuidar a pobres y enfermos, además de hacer trabajos manuales como hilar, tejer o fabricar velas. Asiduamente leían y comentaban la Escritura y así como otros libros espirituales, que copiaban y difundían. Algunas beguinas pusieron también sus meditaciones y su experiencia mística por escrito, como es el caso de Margerite Porête, Hadewich de Amberes o Matilde de Magdeburgo, utilizando las lenguas vulgares naciales. Alentadas por el deseo una pobreza evangélica y siguiendo el modelo de los frailes de las órdenes mendicantes, ciertas beguinas llevaban una vida itinerante y mendigaban el “pan para Dios”. A pesar de que solían hacer votos privados, viviendo en obediencia, castidad y pobreza, y se reunían para rezar a horas fijas, su forma de vida no disponía de una regla autorizada. Contaban con el apoyo y el acompañamiento de dominicos y franciscanos y con el tiempo, muchas comunidades de beguinas se transformaron en monasterios o se hicieron terciarias, sobre todo franciscanas. También hubo algunas beguinas que se unieron a los Hermanos y hermanas del Libre Espíritu. Por ello, en 1312, el concilio de Vienne prohibió su modo de vida, sin distinguir unas beguinas de otras. Como consecuencia de este decreto, a lo largo del siglo XIV las autoridades eclesiásticas acosarán sistemáticamente a las comunidades de beguinas y las obligarán a disolverse, persecución que afectará también a las terciarias franciscanas. La reacción de las

órdenes mendicantes logrará, sin embargo, que los papas publiquen nuevos decretos en defensa de beguinas ortodoxas y de terciarias. La *Vita* refleja la presencia de Susón en alguna de sus comunidades.

En continuidad con sus tareas pastorales, nuestro dominico prosigue también su actividad literaria. En torno a 1330 escribe en el alemán naciente *El librito de la Sabiduría eterna*, obra que reelabora posteriormente en su *Horologium Sapientiae*, en latín. En él se dirige especialmente a religiosos y clérigos, con la intención de “reanimar a los apagados, inflamar a los fríos, mover a los tibios, provocar la devoción e incitar a la vigilancia a aquellos que duermen en la negligencia de las virtudes.” Es decir, que invita a todos a volver al amor primero y a una vida más evangélica.

En las imágenes y parábolas de esta obra, de enorme difusión en la Baja Edad Media, se trasluce una crítica a la situación eclesial y social de su tiempo: relajación de vida de los clérigos, disputas universitarias, acoso y persecución a aquellos que buscan vivir con radicalidad. También refleja los duros acontecimientos del momento: la epidemia devastadora de peste, las inundaciones y malas cosechas que provocan situaciones de escasez y de hambre, las guerras entre aspirantes al trono y sobre todo, el enfrentamiento entre el papa Juan XXII y el emperador Luis de Baviera. Este conflicto tuvo unas consecuencias tremendas: la excomunión por parte del Papa de todas las ciudades sometidas a la autoridad del bávaro, como Constanza o Estrasburgo, y la reacción de las autoridades civiles que, cansadas de que no se celebrara ningún sacramento en público, obligaron a los sacerdotes a desobedecer al Papa. Aquellos que permanecieron fieles a Juan XXII fueron expulsados de las ciudades desde 1339 hasta el final de la excomunión, en 1348, como fue el caso de los dominicos. En medio de todas estas dificultades surgieron también grupos de creyentes que se denominaban a sí mismos “amigos de Dios”, entre los que se encontraban personas de toda condición social, sacerdotes, laicos, monjas y también los dominicos Tauler y Susón. Se apoyaban mutuamente y se animaban en la fe, a través de cartas, visitas y libros, que copiaban y difundían, como el *Horologium Sapientiae*.

En 1348 el beato dominico es destinado al convento de Ulm, donde permaneció hasta el fin de sus días. Seguramente su vida fue semejante a la de Constanza: viajes pastorales y misioneros, actividad literaria... En esta época terminó de redactar la *Vida* y recopiló sus obras en el *Exemplar*, que agrupa sus textos alemanes: la *Vita*, *El libro de la Sabiduría eterna*, el *Libro de la Verdad*, una selección de sus cartas en *El librito de las cartas* y algunos *Sermones*. Falleció el 25 de enero de 1366 y no fue enterrado en la fosa común del claustro sino en la iglesia, cerca del altar de San Pedro de Verona, primer mártir de la Orden, lo que indica que en aquel momento era muy venerado también por sus hermanos. Su reputación de santidad fue creciendo tras su muerte y son numerosos los lugares donde aparece nombrado como “beato” o como “santo” a lo largo del siglo XV y XVI. Al traducir al latín sus obras, en 1555, el monje cartujo Lorenzo Surio se refirió en su dedicatoria al autor como “varón de gran santidad”. Con esta traducción se difundió por toda Europa el pensamiento y la devoción al Beato. Sin embargo su culto sólo fue confirmado oficialmente en 1831 por Gregorio XVI. Su fiesta se celebra en la actualidad el 23 de enero.

II. SEMBLANZA ESPIRITUAL DE ENRIQUE SUSÓN

Una persona de gran sensibilidad

Podemos aventurarnos a establecer la semblanza espiritual de nuestro dominico a partir de la lectura atenta de sus libros, especialmente de su vida. Un elemento característico es su sensibilidad desbordante y la mirada atenta y curiosa, tanto hacia la naturaleza como hacia el mundo de los sentimientos y las relaciones. Enrique observa y habla del rocío de la mañana, del color de las rosas o de la luz de la primavera..., que le hacen sentirse alegre y le invitan a alabar la presencia amorosa de Dios en medio de todo. Así, por ejemplo, dice a su discípula Elsbet:

“Mira por encima de ti y a tu alrededor, a todos los lugares del mundo, y observa cuán vasto, elevado y lleno de belleza es el cielo, qué rápido en su curso, cuán admirablemente lo ha embellecido su Autor con los siete planetas, los cuales, salvo la Luna, superan en magnitud a la Tierra; observa, en fin, el número incontable de estrellas brillantes con que ha sido bellamente adornado.

Sopesa qué fecundidad, qué frutos, qué riquezas produce el Sol sobre la tierra, cuando en el verano, si las nubes no lo tapan, difunde sus rayos haciendo que los prados reverdezcan, las hojas y las plantas broten, las flores germinen, los bosques y los campos resuenen con el dulcísimo canto de los ruiseñores y de aves de todo tipo; y que animales de todas clases, refugiados en sus madrigueras por la crudeza del invierno, salgan alegres de ellas, y, como sucede entre los hombres, unos nazcan, otros envejezcan y, desbordando alegría, aparezcan joviales. ¡Dios omnipotente! Si tan amable eres en tus criaturas, ¡cuán bienaventurado y amable no serás en ti mismo! ¡Cuál no será tu belleza! [...]

Ahora, hija, has encontrado a tu Dios, tanto tiempo buscado. Míralo con ojos resplandecientes, con el rostro lleno de alegría, con el corazón exultante; míralo y abrázalo con los brazos del alma y del espíritu, y dale gracias y alabanzas como al único y exclusivo Soberano de todas las criaturas.” (*Vita* c. 50)

La gran sensibilidad de Enrique le lleva también a expresar con viveza sus sentimientos y movimientos interiores, especialmente su relación con Dios, al que se dirige muchas veces como la Sabiduría eterna. Con frecuencia describe esta relación como un amor apasionado, un fuego de amor que le inunda y alegra, pero con cuya ausencia y silencio también sufre profundamente. A esta alternancia de sentimientos la llama “el juego del amor”, en el que el amante, mientras tiene junto a sí al amado, no percibe cuánto lo ama; pero cuando el amado se separa del amante, entonces éste comprende cuánto le ama.

Una persona de gran interioridad, un místico

Podemos afirmar que Susón fue un místico y tuvo una experiencia gozosa e intensa de Dios, que aparece descrita en diversos lugares, especialmente en la *Vita* y en el *Horologium*. Sin embargo nuestro dominico es muy discreto y se refiere a sus experiencias personales de manera velada, diciendo, por ejemplo: “conozco un dominico que...”, o hablando en tercera persona del Siervo de la Sabiduría:

“En sus inicios, el día de la fiesta de Santa Inés, [...] su alma cayó en éxtasis, tal vez en su cuerpo o fuera del cuerpo. Vio y oyó lo que ninguna lengua puede expresar: era algo sin forma y sin modo y sin embargo encerraba en sí la alegría deleitable de todas las formas y de todos los modos. Su corazón ardía de deseo y, sin embargo, se sentía saciado [...] y se olvidó de sí mismo y de todas las cosas. No sabía si era de día o de noche. Era la dulzura de la vida eterna que hacía irrupción en un silencioso y apacible sentimiento de presencia. Entonces se dijo: ‘Si esto no es el cielo, no sé qué puede ser el cielo [...]’. Este raptó inefable duró una hora, o quizás media. [...] Volviendo en sí, exclamó: ‘¡Oh Dios! ¿dónde estaba y dónde estoy ahora? ¡Oh!, mi Bien amado, ¡esta hora nunca se borrará de mi corazón!’ *Vita c. 2*

Esta experiencia tan profunda de Dios le acompañó a lo largo de su vida y le llevó a cuidar su vida interior. Así, aprendió a conocerse a sí mismo, a discernir la presencia del Señor en el fondo de su corazón y a cultivar una relación personal con Jesucristo. Desde la mañana hasta la noche, en los caminos, el refectorio o en la capilla, se acostumbró a vivir en un diálogo constante con el Señor, el mejor amigo, pues así como ninguna relación humana puede evitar una cierta separación entre las personas, al abrimos a la gracia de Dios, todos podemos llegar a una unión profunda con él en “la esencia del alma”, en lo más hondo del ser humano.

“¡Oh amor que sobrepasa todo amor! –exclama Susón– [...] Tú, plenitud infinita de todo amor, te difundes en el corazón del que ama, te derramas en *la esencia del alma*, de manera que no hay ninguna parte del amado que quede excluida y no esté amablemente unida a tu amor, ¡oh tú, desnudez de todo en el todo!” *Vita c. 50*.

Al mismo tiempo, Enrique Susón no guardó su experiencia mística para sí ni se alejó por ello de los demás. Al contrario, este sentimiento de amor alegre se extiende a todos los hombres y mujeres y le invita a compartir con otros lo que ha experimentado personalmente.

Urgido como Santo Domingo por anunciar la salvación

De hecho podríamos hacer tuyas las palabras de San Pablo: “¡Ay de mí si no evangelizara!”. Y es que Susón está profundamente empapado del talante de Santo Domingo y de su deseo de anunciar la salvación a todos los hombres y mujeres. Predicar, proclamar la buena noticia que ha meditado y puesto en práctica. Susón sigue la estela de San Alberto Magno, de Santo Tomás o del Maestro Eckhart, en los que la experiencia personal contemplativa reenvía a los hermanos y hermanas, a los hombres y mujeres de su tiempo.

Asimismo escucha atentamente las búsquedas de fe de la gente y ejerce una incesante tarea de acompañamiento espiritual y de predicación de la gracia de Dios. Conocedor de la naturaleza humana y su fragilidad, ha experimentado el amor y el perdón de Dios y por ello lo anuncia una y otra vez. Está convencido de que todos podemos convertirnos pues la misericordia de Dios es desbordante. La fuerza del amor de Dios y su gracia es mayor que la del pecado, por ello sale al encuentro de todos, también de aquellos sospechosos de herejía o de los que se consideraban “perdidos” o excluidos en la sociedad de su época.

Hombre de diálogo con Dios y con el mundo, con gran apertura de espíritu.

Susón sostiene con insistencia que no se ha de rechazar lo bueno aunque corra el peligro de ser mal utilizado; por ello invita al discernimiento y a una constante búsqueda de la verdad. Él mismo entra en diálogo con la sed espiritual de su tiempo y anima a cultivar una vida mística a pesar de que se puedan producir algunos excesos, como en el caso de los seguidores del Libre Espíritu. Considera que éstos han comprendido mal la enseñanza del Maestro Eckhart, pero en lugar de descalificarlos en bloque, refuta sus argumentos, precisando y clarificando el pensamiento eckhartiano.

También escuchó y se vio profundamente influido por la espiritualidad de las mujeres de su tiempo, caracterizada por una mística profundamente afectiva, el recurso a sueños y visiones y la valoración del sufrimiento como signo de la participación en los sufrimientos de Cristo. De hecho, la *Vita* es un libro escrito desde el diálogo entre Enrique y Elsbet, y el resto de su obra está teñida por este acento afectivo y cristocéntrico.

Animado por el deseo de llegar al mayor número posible de personas, casi siempre utiliza la lengua vernácula, el altoalemán del siglo XIV, incorporando el lenguaje del romance cortés de la época, como lo habían hecho anteriormente las beguinas en sus obras.

Apasionado por la Verdad, por Cristo

Otra característica de nuestro dominico es su pasión por la Verdad, una verdad que no es meramente intelectual, sino que en último término es una persona, Jesucristo. Por ello critica la situación de la universidad de su tiempo, en la que algunos parecen más interesados en refutar a sus adversarios que en encontrar la verdad.

Profundamente influido por la escuela teológica alemana de corte neoplatónico y especialmente por el Maestro Eckhart, Susón pone sus conocimientos teológicos al servicio de la experiencia de Dios y de la predicación. Defiende a su Maestro, aunque pague un alto precio por ello, como ser apartado de la enseñanza o ser sospechoso de herejía. Pero al mismo tiempo no permanece atado a él, sino que incorpora aportaciones de otros autores, como San Buenaventura o Santo Tomás.

Así pues, elabora su teología mística atento a las necesidades y búsquedas de los hombres y mujeres de su tiempo, que aspiran a vivir de manera profunda su fe y anhelan la unión con Dios. Por eso intentará explicar y precisar las enseñanzas del Maestro Eckhart haciéndolas más accesibles a través del diseño de un itinerario espiritual, en el cual la contemplación de la humanidad de Cristo va a tener un papel primordial.

III. ENSEÑANZA DE ENRIQUE SUSÓN

Si intentamos sintetizar la doctrina de Enrique Susón, hemos de señalar en primer lugar que todo su saber, su teología, sus escritos y sermones, están orientados a facilitar el encuentro con Dios. No encontramos en él una separación entre teoría y práctica, entre teología y espiritualidad; cuando habla o escribe sobre Dios, sobre el ser humano, lo hace con la intención de invitarnos a reconocer quién es Dios, a qué estamos

llamados y cómo llegar a vivirlo. La fuente de nuestra felicidad, de nuestra vida, es – según Susón– llegar a la unión con Dios. Hemos sido creados por él, a su imagen y semejanza, para vivir en plenitud, para ser felices, bienaventurados. Y la bienaventuranza suprema consiste en participar de la unión con Dios, que todos podemos llegar experimentar si nos ponemos en camino, en un camino hacia nuestro interior, nuestro propio centro, el fondo del alma.

¿Quién es Dios?

El punto de partida de la reflexión de Susón es la pregunta sobre Dios, pues hemos de conocer nuestro primer principio y el de todas las cosas y nuestro término, fuente de la felicidad más honda.

¿Quién es Dios? ¿Cómo podemos conocerle? ¿Qué podemos decir sobre él? Enrique Susón comienza puntualizando que Dios está por encima de todos nuestros esquemas y de nuestras nociones. Dios es absolutamente trascendente y por ello todo lo que podamos decir sobre él son aproximaciones, pues Dios está más allá de nuestros modos de ser y de entender. Este modo de proceder se denomina teología negativa y tuvo mucha importancia en la Edad Media debido a la influencia de un autor, Dionisio Aeropagita, al que consideraban discípulo directo de San Pablo y que subraya que no podemos apresar a Dios con nuestros conceptos. Si decimos, por ejemplo, que Dios es bueno, esta afirmación es verdadera, pero no es “bueno” como lo somos nosotros, sino es “más bueno”, “superbueno”. Está más allá de nuestras categorías. Dionisio –y los autores que le siguieron, como Susón– señala con este método dialéctico algo importante: la trascendencia de Dios. A veces creemos que sabemos todo sobre Dios y no nos dejamos sorprender por su Misterio, por su inmensidad. Por ello, los nombres con los que designamos a Dios son útiles, pero también han de ser trascendidos. Del mismo modo, Susón se sirve de muchas imágenes para referirse a Dios y a nuestra unión con él con la intención de que la persona no se quede con ninguna de ellas, sino que las trascienda todas.

A pesar de que no podemos apresar a Dios, sí podemos alcanzar cierto conocimiento sobre él a través de sus obras, nos recuerda el dominico. Por su bondad ha querido irradiar su luz e iluminar la realidad y también nuestro conocimiento. Y su Palabra, la Sagrada Escritura, es “un mensaje de amor” para la persona que desea conocer a Dios. Dios está totalmente en todas las cosas y es totalmente exterior a ellas, es como un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ningún lugar.

Susón da mucha importancia también al hecho de que Dios es uno y trino pues encuentra un paralelismo entre la vida intratrinitaria y nuestra vida espiritual. Así como Dios es una unidad absolutamente simple (a este aspecto lo llama Deidad) y al mismo tiempo tres personas distintas, el ser humano puede llegar a la unidad con Dios sin dejar de ser distinto de Él, pues en Dios cabe la unidad y la distinción a un tiempo. Con ello quiere distanciarse de la secta del Libre Espíritu, que mantenían que el hombre, una vez alcanzada la unión con Dios, se volvía “uno con él sin distinción”.

Somos creados a imagen y semejanza de Dios

Dios es la fuente de nuestro anhelo, está detrás de nuestra sed más honda. ¿Porqué? Porque somos creados a su imagen y semejanza, Dios uno y trino. Se trata de algo extraordinario hasta el punto de que esta condición de imagen de Dios, de alguna manera, nos emparenta con Él. Para Susón y toda la escuela dominicana alemana, la imagen de Dios en el alma se encuentra en “el intelecto”. No se trata aquí de la capacidad de razonar o de conocer, sino de algo mucho más profundo, que incluye la capacidad de encuentro con Dios, de iluminación. Recibe también diversos nombres, como “la esencia del alma”, “el alma intelectual”, la “fortaleza”, “algo simple del alma” o “el fondo del alma”, esta última expresión muy utilizada por Tauler. Es un don de Dios y es la condición de posibilidad para que la persona se abra a lo eterno.

Sin embargo, este fondo íntimo del alma suele quedar en penumbra y ser un misterio para la persona misma, pues vive volcada hacia fuera. ¿Porqué buscar en las cosas exteriores, cuando el alma lleva en sí misma el Reino de los Cielos? –se pregunta nuestro autor. El Reino de Dios en el alma es la justicia, la paz y la alegría en el Espíritu Santo. Por ello, la persona ha de volverse hacia su propio interior y movilizar todas sus capacidades, sus potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, para reconocer la presencia gratuita de Dios en ella. Precisamente esta va a ser la propuesta de Susón y de los místicos de todos los tiempos: volver nuestra mirada hacia el interior, para aprender a escuchar el susurro del Espíritu en lo más hondo de nuestro ser.

Itinerario para llegar a la unión con Dios, fuente de toda felicidad

El místico renano utiliza la imagen del viaje, del camino para hablar de este proceso hasta la unión con Dios, a la que todos estamos llamados. En un sermón explica que “hay tres tipos de personas: unas se ponen en camino, otras se acercan, otras entran; son los que comienzan, los que progresan, los que han alcanzado la perfección.” (Sermón 4)

Aunque nuestro autor se sirve en varias ocasiones de esta distinción clásica entre los que comienzan, los que progresan y los perfectos, no especifica con claridad el paso de un estado a otro. Además recuerda en varias ocasiones que hablar de estas cosas es difícil, pues ninguna imagen o descripción es adecuada, y quien llega a comprenderlas es porque ya ha recorrido la mitad del camino. A pesar de estas dificultades, vamos a intentar presentar los grandes rasgos de cada etapa.

Los que comienzan

En los inicios, es fundamental contemplar y reconocer el “amable amor” de Dios y su misericordia, pues sólo desde esta experiencia puede la persona llenarse de energía suficiente para ponerse en camino.

“Elige a tu amado –dice Susón a una joven monja–, al amable y tierno Dios del cielo; sólo en él, y en ningún otro lugar, encontrarás la verdadera paz, la verdad y el amor sin sufrimiento. Ponle ante tus ojos como un espejo, y muéstrale tu agradecimiento por el amable amor y la bondad que te ha mostrado, y que ello te baste. Piensa en la ternura con la que te ha rodeado de cuidados, alégrate y deja de lado cualquier otro amor.” *Gran libro de las cartas* 27.

Para orientarse con ánimo decidido hacia Dios, hay que decir adiós a las ataduras de “el mundo engañoso e ilusorio”. Muchas veces buscamos la alegría en cosas que no sacian, en ilusiones que al final se desvanecen, o estamos atados a cosas que en el fondo nos impiden ser verdaderamente libres y felices. Por ello, lo primero es desprenderse de estas ataduras, lo que exige un esfuerzo activo por parte de la persona. Nuestro autor propone, por ejemplo, una oración asidua y poner en práctica los valores que se quieren vivir, esto es, “el ejercicio bien entendido de la virtud”.

Tradicionalmente se ha practicado en esta etapa una cierta ascesis, es decir, se ha intentado “someter el cuerpo al espíritu” para crecer en libertad interior. En el fondo se trata de pasar de vivir desde los estímulos exteriores a la interiorización, de la dispersión a la unificación del sujeto para llegar a “unir su espíritu al Espíritu”. Pero esta llamada a “habitar el interior, a permanecer puro, despojado y con el corazón tendido hacia lo alto” no significa para el místico renano un aislamiento radical de la humanidad y de la creación, sino sólo un desprendimiento de aquello que pueda distraer o alejar del amor a Dios. Así, podemos ver la regla abreviada de vida espiritual que propone Susón para los inicios de la “milicia espiritual”:

“Si deseas iniciar esta conquista, debes separarte cuanto te sea posible de las relaciones nocivas, de todas las personas que impidan tu propósito, de todos los mortales [...], has de buscar siempre la ocasión, el tiempo y el lugar donde puedas encontrar descanso y gozar del secreto silencio de la contemplación [...].

En todo momento debes esforzarte en alcanzar la pureza del corazón, esto es, manteniendo, en cierto modo, los sentidos corporales apagados, volverte hacia ti mismo cuanto te sea posible, cerrando con cuidado las puertas de tu corazón a las formas sensibles y a las imágenes de cosas terrenas. [...]

Libera, con cuidado, a tu corazón de todo aquello que le pueda impedirle ser libre, de todo lo que le pueda atar, retener o hacer adherir su afecto [...]. Estar en uno mismo significa reunir los afectos dispersos del corazón y recogerlos en torno a un único bien, [...] descansar suavemente en el amor y el gozo del Creador.

Y por encima de todo, que tu principal esfuerzo sea tener el alma continuamente elevada en la contemplación de los misterios divinos, para que tu espíritu se adhiera siempre a estos misterios y a Dios. [...]

Todo el resto de prácticas ascéticas, como la mortificación del cuerpo, ayunos, vigiliias, y otros ejercicios virtuosos, han de considerarse secundarios, inferiores y sólo útiles, en la medida en que aprovechen a la pureza del corazón.” *Horologium* libro II, c. 3.

Los que progresan

En el primer tiempo el acento está en la determinación de la persona y su esfuerzo. Sin embargo, hay que ir aprendiendo a dejar que Dios tome la iniciativa. Es lo que los místicos renanos denominan *Gelassenheit*, que podemos traducir como serenidad, paciencia, abandono, desapego, pues significa al mismo tiempo abandonarse con confianza en manos de Dios, dejar todas las ataduras, desprenderse del propio yo y aceptar las situaciones adversas con serenidad.

Para Susón la mejor vía para caminar hacia el encuentro con Dios es seguir a Jesucristo. Él es el modelo de *Gelassenheit*, de acogida de la voluntad del Padre. Así, la humanidad de Jesús es “la vía que se ha de seguir”, “la puerta que hay que atravesar” para llegar a la unión con Dios, a la felicidad más honda. El místico dominico da mucha importancia a la imagen paulina de la conformación con Cristo, pues Dios nos ha

destinado a conformarnos con la imagen de su Hijo. Por tanto, “aquel que de verdad desee retornar a Dios y hacerse hijo en Cristo, debe desprenderse de sí mismo por un justo abandono (*Gelassenheit*), y volverse hacia Él: así alcanzará la meta a la que está destinado.” (*Librito de la Verdad* c. 4).

Este seguimiento de Cristo puede conllevar dificultades exteriores, como la incompreensión o las críticas de los que nos rodean, o incluso la persecución por causa de la justicia, como le sucedió a Jesús. Pero también podemos pasar por momentos de crisis personales, de sinsentido, sequedad interior o tristeza. Todos estos momentos, explica nuestro autor, pueden ser ocasiones de crecimiento espiritual, pues podemos abandonarnos más en manos de Dios, tanto en la desolación como en el consuelo. La persona ha de aprender a situarse como un instrumento de la voluntad de Dios y a desprenderse del dominio de su propia voluntad, para llegar al silencio del espíritu:

“A continuación, dejando toda actividad exterior, la persona, con un gran abandono, se concentra en el silencio del espíritu, como si hubiera muerto a sí misma, resuelta a no llevar las riendas de su vida y a olvidarse de sí misma, de tal modo que ya no tenga en vista más que la alabanza y el honor de Cristo y de su Padre del cielo, y se comporte humilde y amablemente con todos los hombres, amigos y enemigos.” *Vida* c. 53

Quién desea abandonarse verdaderamente en manos de Dios ha de reconocer la nada de su propio yo en comparación con el Ser de Dios; despojarse de sí mismo y actuar siempre en Cristo, y contemplar todas las cosas desde Él. Y así ser uno en Cristo y poder decir, como San Pablo: “Vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí.”

Los que entran

El místico dominico explica que en esta última etapa, la perfección espiritual, la contemplación ya no se apoya en imágenes, como los ejemplos de la vida de Jesús, ni se realiza a través de la reflexión, la imaginación o la voluntad. Se produce un encuentro gozoso e inmediato con Dios más allá de las potencias del alma. Así escribe a su discípula Elsbet:

“Hija mía, ha llegado para ti el momento de subir más alto y elevarte fuera del nido del consuelo que aportan las imágenes al que comienza. Actúa como una joven águila que ha crecido, y haz que tus alas, es decir, las potencias superiores de tu alma, que ya han alcanzado su crecimiento, se lancen hacia la nobleza perfecta de la contemplación, en la altura de una vida bienaventurada y perfecta. ¿Acaso no sabes que Cristo dijo a sus discípulos, que estaban demasiado atados a su presencia corporal: “Es bueno para vosotros que os deje, ya que debéis recibir el Espíritu?” (*Vida* c. 46)

Susón no describe esta etapa con la precisión con que lo hará más tarde Santa Teresa, en el siglo XVI, pero sí parece distinguir dos estadios. En un primer momento, la persona tiene experiencias intensas y gozosas de Dios, algún éxtasis o raptos, en los que se olvida de sí misma y se siente tan llena de Dios que percibe que Dios y todas las cosas no son más que una unidad. Puede describirse también como una “muerte del espíritu”, pues en esas ocasiones sus sentidos no distinguen su propio ser. Sin embargo este estado no es permanente y tras el éxtasis se vuelve a una percepción normal. El místico relata que en una época de su vida “estaba tan fuertemente arrobado fuera de sí mismo, que en presencia o no de gente, mientras hacía uso de sus sentidos, éstos

estaban tan privados de su operación propia, que en todas partes y en todas las cosas el Uno y sólo él respondía." (*Librito de la Verdad* c. 5)

En esta etapa algunos se confunden y se pierden, como sucede con los que afirman que ya no hay distinción entre ellos y Dios. Implícitamente, el autor se está refiriendo a los Hermanos del Libre Espíritu. Susón insiste en que en la unión mística no se da una transformación de la naturaleza creada en la Dios, sino que sólo hay "desapropiación y olvido de uno mismo en la contemplación."

El último paso del itinerario místico es el de la unión transformante o esencial. Propiamente, esta posesión permanente y perfecta sólo se produce después de la muerte. Sin embargo, explica nuestro autor, ya en vida puede experimentarse en mayor o menor medida como un anticipo de lo que vendrá. Cuando la persona ha alcanzado este estado, es duradero, no se pierde. Pero no se trata de un éxtasis permanente, sino que la persona experimenta la presencia de Dios de manera permanente, "habitual". Entonces, las cosas exteriores no alteran la contemplación interior, pues ésta tiene lugar en la libertad. Las cosas, las personas o los acontecimientos no alteran ya este estado, pues en él todas las facultades están al servicio de la unión con Dios.

IV. ¿ES ACTUAL LA PROPUESTA DEL BEATO ENRIQUE SUSÓN?

1. Un saber experiencial y práctico: la búsqueda mística.

A pesar de la gran distancia temporal entre el siglo XIV en el que vivió nuestro dominico y el comienzo del tercer milenio, los hombres y mujeres de aquella época, al igual que nuestros contemporáneos, se sentían habitados por una gran nostalgia de sentido. Ayer como hoy, en medio del desconcierto fruto de las guerras, las catástrofes naturales, las epidemias o la crisis de las instituciones, emerge el ansia de vivir, la valoración del individuo, el deseo de personalizar la fe y una enorme sed de trascendencia.

También hoy en día se percibe un creciente interés por una experiencia personal e intensa de Absoluto no sólo desde ámbitos cristianos o de las grandes religiones de orientación mística, sino en las nuevas corrientes espirituales como la New Age. El beato Enrique Susón y los místicos renanos conservan hoy toda su actualidad, pues también ofrecen un saber que brota de la experiencia mística y se orienta hacia ella. Es más, muchos autores proponen hacer un diálogo entre religiones a partir de esta experiencia. El subrayado de nuestro dominico y de toda la teología negativa sobre la imposibilidad de apresar a Dios con nuestros conceptos ha abierto también las puertas para el diálogo con el budismo y las religiones orientales.

2. Lo más hondo de nuestro ser está habitado por la presencia de Dios.

Enrique Susón pone de manifiesto que en el fondo, lo más propio nuestro, lo que nos caracteriza no es tanto lo que hacemos, nuestro trabajo, nuestras ideas o proyectos.

Si miramos más al fondo descubrimos que nuestro propio centro, aquello que nos globaliza y que nos constituye, es nuestra receptividad, nuestra capacidad de abrirnos al misterio que es Dios. El místico alemán habla de “la esencia del alma”, de “algo simple en el alma”, la “chispa” o “la fortaleza”. En lo más hondo de nosotros se halla un tesoro; constatamos, sin embargo, que en muchas ocasiones este núcleo de nuestro ser es desconocido y permanece oculto incluso para nosotros mismos, pues vivimos volcados hacia fuera, sometidos al vaivén de los acontecimientos, de las relaciones, de los éxitos y fracasos.

“El que quiera gustar de Dios mismo, escuchar sus palabras secretas y estar atento a sus intenciones ocultas, ha de permanecer sin cesar en el recogimiento. ¡Pero cómo dejas a tus ojos y a tu corazón vagar sin sentido, cuando tienes ante ti la imagen deliciosa, la imagen eterna que no se separa de ti un instante! ¡Cómo te olvidas de ti mismo, cuando la presencia del bien eterno te rodea! ¿Qué busca tu alma en las cosas exteriores, cuando lleva en sí misma el Reino de los Cielos? [...] El Reino de Dios en el alma es la justicia, la paz y la alegría en el Espíritu Santo.” (*Libro de la Sabiduría eterna* c. 9)

Nuestro místico invita a poner el corazón en lo que sacia de verdad, propone buscar activamente enraizarnos en Dios, alcanzar una serenidad profunda, una alegría permanente, una confianza radical de quien sabe que está en buenas manos. Esta actitud de fondo o “Gelassenheit” no nos libra de las dificultades, al contrario, nos invita a acogerlas y a asumirlas, sin miedo, pues forman parte del camino de la vida y pueden conducirnos hacia Dios.

3. La centralidad de la humanidad de Cristo como camino de encuentro con el Dios vivo

Dentro de los místicos renanos, el acento peculiar de Enrique Susón consiste en subrayar la centralidad de la humanidad de Jesús en el camino místico. Para llegar a la unión con Dios, recuerda, el mejor camino es contemplar la humanidad de Jesucristo: seguir sus pasos, tener sus mismos sentimientos y conformarnos a su imagen. La obra de Susón influyó mucho en la espiritualidad posterior, en la llamada *devotio moderna* que, dará mucho valor a la imitación de Jesucristo.

La vida espiritual no consiste en huir de nuestra condición humana, pues Dios mismo la ha asumido y salvado. Por tanto, lo humano y lo divino no se contraponen sino que en Jesucristo se encuentran de manera plena. Jesús nos ha indicado el camino, nos ha mostrado el rostro de Dios y también en qué consiste el ser humano. Por eso a Susón le gusta dirigirse a él como la Sabiduría eterna, pues muestra la verdadera sabiduría, la que trae la felicidad duradera. El misterio de la encarnación desvela al mismo tiempo quién es Dios y quiénes somos nosotros. Un Dios que nos ama hasta el extremo de hacerse vulnerable, de entregarse hasta la muerte para darnos vida. Un ser humano que encuentra su plenitud y su felicidad en la apertura al Otro y a los otros, en la donación, el amor, la solidaridad...

El recogimiento que propone Susón no consiste en luchar contra “nuestra humanidad” sino en romper con aquello que nos ata y nos impide ser libres para amar de verdad. La *Vita* de Susón recoge una de sus oraciones en el momento de la Eucaristía. En ella nuestro autor desea animar a todos al amor verdadero, no a las cosas percederas y vacías:

“En mis pensamientos acogía a mi corazón y al corazón de todos los hombres y consideraba qué gozo, qué alegría, qué amor y paz comparten aquellos que entregan su corazón entero a Dios y, por el contrario, las perturbaciones y sufrimientos, penas e inquietudes que padecen los que se atan al amor efímero. Y, con gran deseo de mi corazón, gritaba a esos corazones, allí donde estuvieran, en cualquier parte del mundo: ¡Ánimo, corazones prisioneros, salid de los estrechos lazos del amor efímero! ¡Ánimo, corazones dormidos, salid de la muerte del pecado! ¡Ánimo, corazones vanos, salid de la tibieza de vuestra vida perezosa y blanda! Volveos hacia el Dios de amor, con una conversión libre y total: ¡*Sursum corda!*” (*Vita* c. 9)

Es interesante constatar cómo para los místicos renanos lo que separa de Dios no son las necesidades materiales sino la búsqueda de la propia voluntad frente al proyecto de Dios. Tampoco distrae del verdadero encuentro con Dios el servicio a los demás. Por el contrario, es precisamente en los gestos de amor y de entrega donde podemos encontrarnos con Jesucristo. La unión mística, la experiencia de Dios cristiana, reenvía siempre a los hermanos, al mundo. En varios lugares Susón explica que si una persona está en oración, incluso en un éxtasis gozoso y llega alguien que lo necesita, es mejor atender al hermano que permanecer en oración.

4. La experiencia espiritual no aleja sino reenvía a lo cotidiano

Por tanto, una de las riquezas de la propuesta de Enrique Susón es que indica con claridad que todos estamos llamados a esta unión con Dios, al retorno a nuestra fuente. No es algo exclusivo de los religiosos o de los contemplativos, sino una invitación para cada persona, en su estado de vida y su situación concreta. Claro que ayuda cultivar en nuestra vida diaria un tiempo de silencio, de oración personal, o buscar espacios más amplios de recogimiento. Pero nuestro beato nos invita a vivir lo cotidiano desde Dios, a contemplar todo desde su mirada. De alguna manera supone un aliento para todos, pues nos propone un camino para vivir alegres y confiados en medio de nuestras tareas, de las diversas actividades, preocupaciones o incluso en nuestras dificultades. Y sobre todo, la mística dominicana y en el fondo toda mística cristiana no aísla o separa del mundo, sino que nos reenvía a dar testimonio de lo contemplado, a trabajar por un mundo más justo y solidario, donde todos puedan vivir desde el proyecto del Reino.

Todo ello acogiendo nuestra fragilidad, pues Susón recuerda una y otra vez que llegar a la unión con Dios es una gracia, un don que no depende de nosotros, sino del infinito amor de Dios que sale a nuestro encuentro. Lo que está en nuestra mano es abrirnos a recibirle, preparar nuestra espera, crecer en libertad interior para ir quitándonos las legañas de nuestros “ojos” interiores, cambiar nuestra mirada para descubrir su Presencia que nos abarca y nos habita. Pero esta unión no es un mérito o un premio para los “puros” o los “perfectos”.

El lenguaje de las tres etapas puede dar lugar a malas interpretaciones: no se llega a la perfección más que en el sentido del amor desprendido y despojado de toda atadura hacia Dios. Frente a aquellos que creían que la persona que se ha unido a Dios es “perfecta”, se ha vuelto igual que Dios y por tanto ya no tiene que celebrar los sacramentos ni pedir perdón, nuestro dominico insiste en que los que viven unidos a Dios siguen siendo personas normales, con sus necesidades de alimento, de sueño, y como a todos les viene bien hacer oración, celebrar los sacramentos y participar de la

vida de la Iglesia. Su vida cotidiana es como la de los demás, con la diferencia de que viven con una alegría interior profunda y una serenidad que las dificultades no les pueden arrebatar.

V. CONSEJOS QUE ENRIQUE SUSÓN NOS DARÍA HOY

1. ¡Estad conectados con vosotros mismos, pues en vuestro interior sopla el Espíritu!

Si el beato Enrique Susón viviera hoy seguramente nos animaría a volvernos hacia lo esencial, a estar conectados con nosotros mismos, como lo hizo con los hombres y mujeres de su tiempo. Aunque quizá hoy insistiría aún más, pues muchas veces el ambiente nos invita a dar una enorme importancia a la apariencia o al éxito profesional. Parece que valemos por el trabajo que realizamos, por lo que parecemos o por los recursos económicos de que disponemos...

Sin embargo, el fondo de nuestro ser, el centro más íntimo de nuestra alma, nuestro yo profundo, que es nuestro verdadero tesoro, a veces queda enterrado por mil preocupaciones que no nos sacian. Estar conectados con él, vivir unificados, es lo que nos trae la paz verdadera. Pues allí, aunque propiamente hablando no es un "lugar", Dios quiere establecer su morada, allí sopla el Espíritu del Dios vivo.

Enrique Susón nos incitaría a relativizar muchas cosas y a permanecer a la escucha de la Palabra del Señor y de nuestra voz interior. A no temer las dificultades, incluso la sequedad interior que a veces nos invade, sino a confiar siempre en el amor y la misericordia de Dios, en su fidelidad y su promesa. Pues aunque nos parezca que Dios permanece ausente, o que no responde a nuestra llamada, su presencia desborda nuestras expectativas. Dios es siempre mayor y no podemos ni hemos de intentar "dominarle" sino ponernos en sus manos. Aunque nos dé la impresión de que permanece en silencio, no rompe su alianza con nosotros. Por el contrario, puede ser una ocasión de ahondar nuestra confianza, nuestro abandono en sus manos.

2. ¡Buscad incesantemente la verdad, como horizonte, como un tú con nombre propio, Jesucristo, la Verdad, la Sabiduría!

Un segundo consejo que nos daría el dominico alemán sería la invitación a buscar incesantemente la verdad, a ser fieles a ella; entendida no sólo en sentido intelectual, sino sobre todo como verdad existencial. Pues la verdad no es algo que poseemos de una vez por todas, ni tampoco depende del número de personas que crean en ella. Hay momentos en que la fidelidad a la verdad conlleva la incomprensión, la soledad o el rechazo, como le sucedió a Susón y a otras tantas personas. Hoy, por ejemplo, se valora la solidaridad y el voluntariado, pero aquellos que intentan ir al fondo de las injusticias hasta el punto de denunciar sus causas no son bien vistos; en muchos lugares son incluso silenciados, perseguidos o asesinados.

La sociedad contemporánea se mueve por modas pasajeras difundidas a gran escala por los medios de comunicación. Puede dar la impresión de que sólo es real aquello que

sale en los medios de comunicación o también que todo es relativo y que, a fin de cuentas, nada es verdadero. Sin embargo, el místico renano nos diría hoy: no todo "depende", podemos intuir la verdad, hemos de buscarla. La verdad, o mejor, el Verdadero, el fiel, lo llena todo de sentido. Jesucristo es el camino, la Verdad, la Vida, es la Palabra de Dios encarnada, hecha palabra humana, llena de entrañas de misericordia.

Quien busca el sentido y sabe porqué y para qué vive, quien no se conforma con hacer lo que todo el mundo, sino que lo ha elegido personalmente, esa persona es más feliz. Jesucristo nos invita a vivir en plenitud. Buscar vivir como él, con él y en él, hacer una experiencia personal del Dios vivo, nos trae la felicidad duradera, la bienaventuranza eterna. Pero es siempre camino, horizonte, espera, esperanza...

3. ¡Tened una mirada abierta y positiva sobre el mundo! Buscad el diálogo con los hombres y mujeres de vuestro entrono.

Ser personas abiertas, con una mirada positiva sobre nuestro entorno, los jóvenes o la sociedad en que nos ha tocado vivir, pues el Señor tiene una palabra de Vida y de aliento para esta humanidad, para este mundo... Este sería un tercer consejo de nuestro dominico.

Susón salió al encuentro de los hombres y mujeres que en el siglo XIV buscaban una vida evangélica y una profunda unión con Dios, aunque en algunos casos se separaban de la Iglesia o comprendieran mal la enseñanza del Maestro Eckhart. Nos diría hoy que no tuviéramos miedo a encontrarnos con personas diferentes; que como Jesús o Domingo de Guzmán, escucháramos hasta el final sus anhelos, su ansia de vida, que aprendiéramos del soplo del Espíritu que también les anima y, sobre todo, que no tuviéramos miedo a anunciarles, con nuestra vida o nuestras palabras, la Buena Noticia del Señor.

Seguramente nos animaría también a acoger a los inmigrantes que llegan a nuestras costas en pateras, nos recomendaría escuchar lo que tienen que aportar tantas personas que la sociedad excluye, nos alentaría en el trabajo por la igualdad y la justicia. Él que reconoció la hondura y el valor de las mujeres de su tiempo, nos urgiría hoy a construir una sociedad y una iglesia más igualitaria e inclusiva...

4. ¡Poneos manos a la obra, no tengáis miedo de anunciar la buena noticia! ¡Utilizad los medios a vuestro alcance: nuevos lenguajes, nuevas presencias...!

Fray Enrique nos invitaría también a utilizar todos los medios que estuvieran a nuestro alcance para esta fascinante y urgente tarea. Pues él no dudó en escribir en la lengua que entendía su pueblo, el medio-alto alemán, cuando la mayoría de los escritos teológicos y espirituales se hacían en latín. Y se sirvió además de los cantares de amor de los trovadores para intentar poner palabras a la intensa experiencia afectiva de Dios a la que todos estamos invitados. Utilizó numerosas imágenes, comparaciones y alegorías para que todos pudieran entender y acercarse al Misterio trascendente, sabiendo que al final toda imagen había de ser trascendida. Asimismo, estuvo presente en lugares

fronterizos, por ejemplo, acompañando a las beguinas o en ámbitos en los que se encontraban seguidores de la secta del Libre Espíritu.

Susón nos animaría a estar presentes en los ámbitos fronterizos de nuestro tiempo y a no tener miedo de aventurarnos a emplear nuevos lenguajes. Pues todo lenguaje es inapropiado para hablar de Dios. Por ello ninguno es “el lenguaje religioso”, ni el latín, ni el medio-alto alemán o el castellano. Lo mismo cabe decir de las culturas, ninguna es la única portadora de la Buena Noticia. De ahí que el místico alemán nos aconsejaría hoy a seguir “inculturando” el Evangelio en las diversas culturas y “subculturas” para hacerlo accesible a todos, a riesgo de ser incompletos o de equivocarnos. Conscientes de que, en último término, Dios trasciende nuestras elaboraciones y que ellas sólo son un pequeño instrumento al servicio de facilitar el encuentro personal y único con el Dios vivo, que Dios nos ofrece y es sin palabras.

Silvia Bara Bancel OP.

**Imagen del manuscrito más antiguo del Exemplar de Susón (ca. 1370)
Ms. 2929 de la Biblioteca Nacional Universitaria de Estrasburgo (BNUS)
f 82 r**



Explicación de la figura publicada en Ciencia Tomista 131 (2004/1) 163-16

Esta ilustración del libro de la Vida, probablemente supervisada por el mismo Enrique Susón, muestra a través de imágenes el itinerario que ha de hacer la criatura desde su origen hasta su retorno o irrupción en “la desnuda Deidad”, la esencia de Dios, simbolizada en la parte superior izquierda por unos círculos concéntricos. En Dios hay unidad de esencia, una Deidad, y al tiempo distinción en las relaciones sustanciales, tres Personas. Para el místico renano la vida intradivina, la procesión de las Personas en Dios, es modelo del origen de las criaturas y también imagen del retorno de la criatura a Dios.

En la parte superior derecha está representada “la Trinidad de las Personas en la unidad de la esencia”. El Padre, con barba, lleva en sus brazos un niño, que probablemente representa el alma de la persona que hace el itinerario místico. El Hijo está a la derecha, con las manos cruzadas y el Espíritu abraza al Padre y al Hijo.

Debajo de la Trinidad está representada la creación de la naturaleza angélica. Casi todas las figuras presentan en su centro unos pequeños círculos concéntricos que simbolizan la imagen de la Deidad en el alma, la esencia o fondo del alma, y una línea une todas las figuras por este centro. Debajo del ángel y fuera de la línea está representado el ángel caído, que ha perdido su círculo o fondo del alma.

La siguiente figura es una mujer sentada con las manos unidas, que según el texto de la ilustración representa a "la humanidad, creada y formada según la Deidad".

Fuera de la línea, en la parte inferior derecha, hay un varón y una mujer de la mano, bailando, que representan "el amor del mundo, que termina en lamentación"; sobre ellos, la muerte, amenazadora.

La imagen del centro de la parte inferior muestra una monja arrodillada en oración; simboliza la persona que ha comprendido que la vida es corta y se pone en camino hacia Dios, dando la espalda a la vida exterior y mundana.

"¡Oh!, mira cómo debo morir y ser crucificado con Cristo", exclama la figura siguiente que representa a una monja de pie con una cruz en su mano derecha. Está rodeada de espadas y flechas, y una serpiente y un escorpión, que representan las dificultades exteriores y las tentaciones interiores en el camino emprendido.

La línea conduce a una figura sentada, que parece dormida, totalmente abandonada en Dios: "El abandono me vence; ¡ay! ha sido demasiado", indica el texto de la ilustración.

La línea asciende a través de la cruz y conduce hacia la contemplación de la Deidad, representada por una mujer con los ojos cerrados, que dice: "he perdido mis sentidos, las más altas potencias han vencido".

La siguiente imagen es Cristo que lleva en su seno a un niño, probablemente el alma de la persona que verdaderamente se ha abandonado y conformado en Cristo. Es regenerada en Cristo y conducida allí donde se encuentra el Hijo en su divinidad. Así como Tauler habla con frecuencia del nacimiento del Verbo en el alma, Susón utiliza otra expresión, el renacimiento o regeneración del alma en el Verbo, ilustrada por esta imagen.

El texto que se encontramos a continuación dice: "Aquí ha entrado el espíritu [humano], y se encuentra en la Trinidad de las Personas." La siguiente imagen representa el alma humana con aureola, pues vive ya la unión con Dios y con el mismo gesto que el Hijo en la Trinidad.

La línea conduce a la figura de la Trinidad y continúa hacia "el abismo sin modo de la eterna Deidad, que no tiene principio ni fin", representado en la parte superior izquierda como una serie de círculos concéntricos. Justo antes de entrar en este abismo aparece un dibujo que puede representar un sagrario o más bien una tumba abierta vista desde arriba.

Entre la Trinidad y la eterna Deidad los textos señalan lo siguiente: "He desaparecido en Dios. Nadie puede alcanzarme aquí" y encima: "En el retorno he olvidado todas las cosas, pues no tiene fondo ni medida."